

como suele decirse, cuenta ajustada es media paga. ¿Que resulta que te debo tanto ó cuanto?... Pues te hago un papel quedando por ello, porque somos mortales, y...

—Bueno — dijo Servando: — vamos á ajustar la cuenta.

Y trayendo su libro de apuntes, le abrió por donde tenía de registro el forro de un librito de fumar, de la pantera, donde, bajo el epígrafe de *el erero*, comenzaba la lista de las medidas de vino consumidas por Lorencín, y dieron entre los dos principio al recuento.

Cuartillo aquí, azumbre allá, media más adelante, resultaron de la suma de las cinco llanas del libro que ocupaba ya la cuenta de Lorencín, treinta y cuatro azumbres y tres cuartillos, que, al precio de seis cuartos el cuartillo ó veinticuatro la azumbre, daban un total importe de *noventa y ocho reales y cuatro maravedises*, salvo error de pluma ó suma.

—Pues mira, para no andar con picos— dijo Lorencín al enterarse del resultado,— saca otros tres cuartillos por esos diez y seis cuartos que faltan para los cien reales, nos los bebemos en amor y compañía, y te deberé cinco duros redondos.

Hízose como lo propuso Lorencín, y cuando acabaron de beber el vino, dijo Servando:

—Ahora, si te parece, haremos el documento.

—Sí, hombre—le contestó Lorencín:— nada más justo... Hazle tú á tu placer, aunque sea ahí en el mismo libro, yo te le firmo inmediatamente, y... en paz.

—Tanto como en paz...—replicó tímidamente Servando...

—Bueno, hombre, ya se entiende—repuso el herrero:—en paz y debiéndote cinco duros.

Con lo cual, tranquilizado el mesonero, escribió su recibo en esta forma:

«De claro yolo renzo Garcia deo ficio ere Roque soi endeber á micon vecino Servando Muñiz lacan tidad de cien riales de Bellon devino con sumido en su establecimiento la misma que meo bligo á pagar lepa el día de San Miguel de setiembre deste año y pa raque coste lofirmo en Veja mia nacinco dea Gosto de 1864.»

Quando el mesonero acabó de escribir, alargó el libro y la pluma al herrero para que firmara. Lorencín puso allí una cosa que parecía su nombre y apellido, terminando con un garabato caprichoso, y volvió el libro á Servando, que le cerró y le guardó muy satisfecho.

Pasó el día de San Miguel de Septiembre,

y pasaron otros muchos días y otros muchos meses y hasta algún año, sin que Lorencín se acordara de pagar á Servando los cien reales ni éste se atreviera á pedirselos.

Lo que hacía Lorencín, eso sí, era pagar al corriente el vino que iba consumiendo después del ajuste de cuenta, con lo cual se daba Servando por contento, creyendo que lo de atrás lo tenía seguro.

Mas sucedió por entonces que un vecino ligero de cascos, por no sé qué cuestión que tuvo con el concejo, determinó vengarse; y sacando matrícula para vender vino al por menor, puso otra taberna en una chabola de tablas al lado del mesón del pueblo, que era el que tenía arrendado Servando. Así la renta que el concejo cobraba disminuiría ó llegaría á desaparecer del todo.

A fin de hacer parroquia, comenzó el tabernero nuevo por traer mejor vino que el otro y ponerlo un cuarto más barato; y como Lorencín fué el primero que se enteró de ambas circunstancias, fué naturalmente su primer parroquiano.

Y no fué esto lo peor, sino que no contento Lorencín con desertarse él del antiguo establecimiento, hacía propaganda en favor de la taberna nueva recomendándola á sus amigos y á cualquier pasajero que para herrar ó con cualquier otro motivo se acercaba á la fragua.

Ya sospechaba el mesonero, al notar la disminución de su clientela, que andaría en ello Lorencín; pero un día le cogió *in fraganti* ladeando á unos arrieros del mesón y embocándolos en la chabola.

Servando no se pudo contener y rompió el fuego con estas palabras:

—¿Sabes lo que te digo, Lorencín?... que tienes muy poca vergüenza.

—¿Quién habló, que la casa honró!—le replicó Lorencín riéndose.—Si tengo poca, menos mal; porque hay quien no tiene ninguna.

—¡Mejor te fuera pagarme lo que me debes!—añadió el mesonero lleno de ira.

—A quien nada se le debe, con nada se le paga,—contestó el Gato.

—¿Cómo que no me debes nada?—replicó el mesonero furioso.

—Como que nada te debo, ya lo he dicho.

—¿Pero tendrás valor para negar que me debes cien reales?

—Valor se necesita para decirlo, no debiéndote ni un ochavo partido por el medio.

—¡Bueno! Ya me lo dirás en el Juzgado.

—Cuando quieras... Si no sabes allá, te enseñaré el camino...

Y el mesonero, dando por acabada la disputa, que consideró inútil, vista la arrogancia de Lorencín, se fué inmediatamente á casa del secretario del Ayuntamiento, que

lo era también del Juzgado de Paz, y que si en la primera secretaría era él en realidad el alcalde y toda la corporación, era en la segunda el verdadero juez que hacía y deshacía á su antojo.

En cuanto Servando le refirió la existencia de la deuda, la sublevación del deudor y el propósito de poner el asunto en demanda, preguntó el secretario:

—Pero ¿tienes recibo?

—Sí, señor: en el mismo libro de caja mío—le contestó el mesonero,—tiene confesada la deuda con su firma debajo.

—Pues entonces demándale cuando quieras, que no la mea en dulce.

Todavía, después que se le pasó la furia, volvió Servando á brindar con la paz al herrero.

—Mira, Lorenzo—le dijo:—págame buenamente los cinco duros y no des lugar á la demanda... Ya ves que al pájaro que le dicen ox, no le quieren matar, y yo tampoco quiero hacerte costas...

—Ya te he dicho que no te debo nada,—le contestó Lorenzo desaboridamente, con lo cual no tuvo Servando más remedio que entablar el juicio.

Cinco ó seis días después se hallaban los dos, Servando y Lorencín, ante el juez de

Paz, que era un labrador, muy hombre de bien, y ante Luquillas, el secretario, que, con el pliego de papel sellado extendido sobre la mesa y con la pluma en la mano, ya mojada y todo, les amenazaba impaciente con empezar á escribir la comparecencia.

—Mirad si os arregláis antes de que yo sienta la pluma—les decía,—porque si mancho el papel, la cosa ya no tiene buena compostura...

—Yo, si me paga...—decía Servando,—ó por lo menos vuelve á confesar aquí delante del señor juez la deuda y señala plazo no muy largo para pagarla, no tengo inconveniente en avenirme.

—Yo, si él confiesa—decía Lorencín—que no le debo nada y se compromete aquí ante el señor juez á no volver á pedírmelo, tampoco tengo inconveniente en que nos arreglemos...

—«En el lugar de Vegamián...»—decía el secretario haciendo ademán de escribir lo que iba diciendo...

—Espera á ver, Lucas, espera—le decía el juez mirando compasivamente á los dos litigantes:—voy á darles yo el último tiento, porque es una lástima... ¿No veis—añadía dirigiéndose á ellos,—que uno ú otro tenéis que estar equivocado, y que uno ú otro, por consiguiente, tenéis que perder?... Pues recapacitad allá para entre vos-

otros y á ver si cedéis un poco cada uno y... Vamos, ¿qué decís?

—Yo ya le digo á usted que puedo esperar tanto ó cuanto—dijo el tabernero;—pero perder, no quisiera perder nada de lo que me debe, porque me cuesta á mí muy caro el vino para que me lo beban de balde.

—¡Psche!—dijo Luquillas, el secretario.—Hazte cuenta que en un mes no le echaste agua...

—No se la echo nunca,—replicó Servando muy serio.

—Bueno, bueno: dejaos de bromas—dijo el juez, y añadió dirigiéndose á Lorencín:—Tú ¿qué dices?

—Pues yo, señor juez, lo que dije antes: que dé su palabra de dejarme en paz, ó que se le imponga perpetuo silencio...

—Vaya: escribe, escribe,—dijo el juez mirando á Luquillas, y éste comenzó á encabezar el juicio de esta manera:

«En el lugar de Vegamián, á diez y ocho de Marzo de mil ochocientos sesenta y siete, ante el señor juez de paz de este Ayuntamiento, don José Díez, y de mí el infrascrito secretario, comparecen para celebrar juicio verbal de una parte, como demandante, Servando Muñiz, de esta vecindad, casado, mayor de edad, de oficio mesonero, con su cédula... y de la otra como demandado Lo-

renzo García, también mayor de edad... etc.»

Cuando estuvo extendido el encabezamiento y el juez mandó á las partes alegar lo que tuvieran por conveniente, Servando puso su libro sobre la mesa abierto por donde estaba el ajuste de cuenta con el herrero y dijo:

—Ahí está bien patente la deuda confesada por el demandado con su firma...

—¿Qué dices á esto, Lorencín?—preguntó el juez á éste en tono compasivo, como doliéndose de que hubiera dado lugar al juicio sin tener razón alguna para excusar el pago.

—Que no debo nada al demandante, señor juez—contestó resueltamente el herrero;—porque si bien es verdad que tuve con él alguna cuenta de vino, también lo es que después de ajustarla me perdonó la cantidad que resultaba contra mí, por mis buenos servicios de llevarle arrieros y otros caminantes á su establecimiento y enzarzarles á jugar... y uno y otro. Es verdad que ajustamos la cuenta y que resulté debiéndole un pico; pero me dijo que me lo hacía de gracia porque continuara favoreciéndole con mi mucha conciencia, y así se hizo constar en el libro de apuntes, donde no será verdad que esté mi firma reconociendo la deuda...

Extrañeza en el tribunal...

—No—continuó Lorencín:—no dirá ahí Lorenzo García, que es como yo me llamo y acostumbro á firmar; lo que dirá es que lo hizo de gracia el demandante, el dinero que resultaba debiéndole, que eso es lo que yo puse porque así era verdad y él mismo me mandó que lo pusiera...

El juez, el secretario y el demandante se precipitaron á un tiempo sobre el libro, y... efectivamente, lo que habían creído firma de Lorencín no era tal firma; donde Servando había creído leer Lorenzo García, no se leía tal cosa; lo que se leía era:

Lo izo de Gracia.

LA LEY PERRUÑA

Estaba oscureciendo cuando entró el secretario de Villaopresa, Silvestre Pardo, en el establo de Pedro Berrugas, que andaba echando de cenar á las vacas.

—Buenas tardes,—dijo el secretario.

—Santas y buenas,—le contestó Pedro, sacudiéndose las aristas que se le habían pegado á la delantera de los pantalones.

—Ya sabrás á qué vengo...

—Saber no lo sé, pero quiere decirse que me lo imagino: siempre será por mor de los votos ó los demóginos...

—Por eso mismo... Ya sabes que vienen ahí las elecciones, y... bueno, el triunfo del nuestro candidato es seguro, porque es el candidato del Gobierno y está encasillado, y quiere decirse que aunque todos votárais en contra, no dejaría de salir por eso; pero yo tengo interés en que aquí salga con mucha mayoría de verdad, y cuento contigo...